

# ¿Quién conduce?

Dana Hart



Entré a trabajar como conductora del metro. Es un enorme gusano de seis vagones, con forma aerodinámica, ventanas polarizadas, repletas de propaganda de empresas, y pocos asientos, para que la gente pueda hacerse multitud.

Tengo botones hasta de los colores más insólitos. Tengo un botón que es exactamente del color creado para pintar DisneyWorld, sirve para abrir y cerrar las puertas. Dicen que lo hicieron así a propósito, para entregarnos armonía y relajación.

No le dan el trabajo a cualquiera. Me hicieron una serie de test muy detallados. El primero fue, un test de colores. Te colocaban unas planillas y tenías que ir eligiendo tus colores favoritos, para poder psicoanalizarte. También me hicieron el famoso test de la persona bajo la lluvia y ese en el que te piden que dibujes un árbol.

Traté de guiarme, como hace todo el mundo, por lo que ya sabía previamente sobre esos test, no hacer un árbol demasiado delgado o demasiado ancho, no elegir colores demasiado brillantes o demasiado apagados. Traté de mantenerme lo más neutral posible, para aparentar simular que soy una persona totalmente capaz de conducir por largas horas a lo largo de un túnel ciego, sin cansarme, sin derretirme y sobre todo, siendo capaz de sacar con un palo los restos de las personas que fueran a lanzarse a las vías. Si. Si. Una cuestión del todo habitual en este oficio.

Cuando me seleccionaron, me enteré por una llamada que me hizo alguien que trabaja en las oficinas, me dijo que tenía que presentarme el lunes a las 6 de la mañana y que ellos me darían el uniforme. Llegué puntual. Era un edificio enorme del centro. Alguien del sindicato se acercó a pasarme un panfleto que tomé con la mano y guardé en el bolsillo.

Mi primer día fue una capacitación que terminó durando dos semanas, puesto que el trabajo exige un entrenamiento previo. Tienen máquinas que simulan ser la cabina de un tren, con botones muy parecidos y hasta tapan el ambiente, para que parezca que se está realmente a oscuras, al interior del túnel.

No es un trabajo fácil. El momento más desesperante es durante un temblor, principalmente porque la gente se asusta y empieza a gritar. Si el tren se detiene, yo cargo con toda la responsabilidad. Recae sobre mi, la decisión de volver a echar a andar la máquina o detenerla, si explicarle por radio a todos los pasajeros que deben bajarse, abrir las puertas, y dirigirlos por la salida de emergencia. Es una gran responsabilidad.

Al llegar a cada jornada, es azaroso qué máquina te va a tocar. Algunas mañanas me tocan unos trenes que son más modernos y

dinámicos, y otras mañanas me subo a los que tienen desperfectos, no graves por supuesto, porque están constantemente fiscalizados, pero si molestos.

Algunos tienen, por ejemplo, el vidrio que da desde la cabina del conductor, hacia el primer vagón de pasajeros, transparente, sin protector negro ni filtro, ni lámina que separe. Eso es complicado, porque a veces los pasajeros se ponen a distraerme, me hacen gestos, o aparece algún galán de barrio que hace mil caritas.

Yo no me intereso más por los hombres, pero ellos sienten que una los está mirando siempre, como si yo fuese una de esas pinturas de Van Gogh u otros autores, que miran de frente, con ojos incrustados en la gente.

Al final, el test de colores nunca fue necesario. La personalidad y el temperamento, se van forjando con el trabajo. Manejo mirando el túnel,

sin demasiado sentido, porque no hay posibilidad de salirme, no puede venir un auto por la derecha, ni cruzarse un camión por la izquierda.

Voy de frente, sin tregua, avanzando inevitable.





**Dana Hart**

[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)